

*Ah, ¿qué tierra es la Tierra de los Sueños?
¿Qué son sus montañas y qué son sus arroyos?*

WILLIAM BLAKE

¿Por qué le está ocurriendo esto? Tanta belleza, tanta alegría, toda la vida puesta a su alcance, este perfecto día de septiembre...

Una vez más, Meera levanta la cara hacia el cielo y sonríe. La líquida luz del sol se mezcla con fragancias destiladas. Notas dominantes que juegan y bailan. Manzana. Jazmín. Nueces. Rosas. Almiscle. Vino. Un crisantemo solitario. El estallido de los tapones de corcho. El arco uniforme del arroyo. Una copa fría contra su mejilla.

En los mitos griegos que Meera adora hay una diosa que podría ser ella. Hera, esposa de Zeus, dios entre los dioses, y reina del universo.

Es una Meera vivaz la que, de pie, haciendo frente a la brisa, permite que ésta juegue con ella. Revuelve la gasa de su falda, le levanta un mechón de pelo y lo lleva jugueteando sobre su mejilla hasta su boca.

En algún lugar de su interior, una niña salta a la comba. Una, dos, patatas con arroz, arroz con canela, vete a la escuela, no quiero ir porque el maestro me pega...

Meera tiene la sensación de que no puede dejar de sonreír. Es el día de septiembre más perfecto que uno pudiera desear.

Y, vaya, todos los demás parecen pensar exactamente lo mismo. Los alrededores de la piscina se están llenando rápidamente. Toda

esa gente guapa, piensa Meera, que sale de sus casas preciosas con su preciosa ropa, para reunirse alrededor del suave oleaje de las aguas de la piscina del hotel bajo el cielo azul intenso.

Bebe otro sorbo del vino blanco. Siente su acidez en la boca. Sólo por un instante. Luego la recorre por dentro y su fría acidez va deshaciendo uno por uno sus nudos interiores. Plop. Plop. Plop. Con cada nudo que se deshace Meera tiene un motivo más para sonreír.

Los anfitriones del *brunch*, unos bodegueros que lanzan un vino nuevo, estarán contentos con la asistencia. ¿Qué más podrían desear? La gente guapa con las cabezas orgullosamente erguidas, los dedos cerrados alrededor de los pies de las copas, posa para los fotógrafos que dibujan un *foxtrot* de grupo en grupo sin dejar de disparar y capturar bellos momentos.

Esta gente guapa nunca se permitirá sentirse ridícula como me siento yo, suspira Meera. Esta es su característica principal. Una confianza ciega en su propio «soy inviolable pase lo que pase». Giri debe estar encantado de que nos encontremos aquí con la gente guapa de Bangalore. Y estará todavía más encantado si una de nuestras fotos llega a la página de sociedad.

Meera observa a una mujer alta y esbelta que habla con un hombre regordete peinado con cola de caballo. Meera desearía con todas sus fuerzas ser esa mujer, una Afrodita que se digna jugar a las tabas con un viejo sátiro. Ella sabe quién es el hombre. Pan persiguiendo su propio eco a la orilla de la piscina. Estaría bien ser perseguida aunque sólo fuera por un fauno con patas de cabra. Pero, allí donde vagan las ninfas no hay lugar para Meera, la mujer desaliñada de mediana edad.

Bien sazónada por el paso del tiempo, que se ha empeñado en hacerla consumir sus libaciones, decidido a satisfacerla con sus nutrientes, ella, Meera Hera, diosa de la tierra, esposa empresarial, tendrá que conformarse con repantigarse en los cojines de

agua que rodean la piscina. Reservada, mansamente corpulenta y algo descuidada.

La ninfa tira a Pan de las orejas, echa la cabeza hacia atrás y ríe. Meera percibe la curva de su cuello e, inconscientemente, se toca la parte inferior de su propia barbilla. ¿Cuándo apareció este pliegue de carne?

La luz del sol se refleja en los aros de oro que lleva la mujer en las orejas. Lleva una blusa de escote *halter* y pantalones *capri*. Meera observa la superficie de piel satinada y músculos tonificados y levanta los ojos al cielo. «¡Lo único que te pido es unos brazos como esos!»

Si no hace algo para evitarlo, dentro de muy poco tiempo sus brazos serán como alas de murciélago. Meera ahoga un suspiro y da otro sorbo. Plop. El peso se aligera. Otro nudo de preocupación se deshace. Mañana puede llamar al gimnasio para pedir hora. Hasta entonces, plop, plop, plop.

Un cuervo grazna con la cabeza inclinada y sus ojillos negros escrutan el universo que rodea la piscina. Meera le sonrío. ¿Qué será lo que ve? Elefantes atrapados en el fango hasta la rodilla pero que, ni aun así, consienten la menos interferencia. Leopardos merodeando y hienas hambrientas al acecho. ¿Un grupo de hipopótamos y gacelas junto al abrevadero? Majestuosas jirafas, celosas cebras y rechonchos jabalíes verrugosos. Un banco de peces escurridizos. Mariposas amarillas a las que las flores y la orina de los animales atraen por igual. Y, todo el rato, una manada de buitres vigila, lista para abalanzarse. Planeta animal. Meera suelta una risita.

Una cámara la enfoca de frente. Meera retira la mirada y fuerza su risita a convertirse en una sonrisa recatada. No sería conveniente que se la viera con la boca abierta en una carcajada que desvelara sus pensamientos ocultos.

Meera mordisquea una tartaleta. Yo le habría puesto algo menos de eneldo, piensa. Le apetece comer un poco más de los calamares fritos. Esos sí que les han quedado bien. La mayoría de los restaurantes convierten los calamares en aros de goma. Pero estos están deliciosos. Con apenas una pizca de ajo y barnizados con aceite de oliva.

Meera ve al camarero que lleva los calamares al otro lado del patio. Se levanta del sofá de bambú.

–Nikhil, vuelvo en un momento –dice–. ¿No te importa quedarte solo? –añade un tanto insegura.

Ella no quería que viniese. «Se va a aburrir, Giri. Sólo tiene trece años, por Dios. ¿Qué pinta en la presentación de un vino?» Pero Giri había insistido. «No es un cóctel. Es un *brunch* de domingo. Estoy seguro de que habrá otros niños. Puede que incluso algunos de su clase. Además, ya es hora de que salga y vea cómo vive la gente real.»

Zeus habló mientras repasaba los periódicos del domingo. Zeus, cuyos deseos obedecían hasta los cuerpos celestes, no estaba dispuesto a tolerar ninguna intromisión. Él dictaba las leyes. Ella, Meera Hera, escuchaba. De lo contrario, podría lanzarle el peligroso rayo de su hostilidad. Silencioso y tranquilo, entraba y salía obsesivamente de las habitaciones, lo que la asustaba más que cualquier palabra cruel.

«¿Un *brunch* en la piscina y gente real? Debes estar de broma», quiso protestar ella, pero tuvo miedo de hacer añicos la frágil paz que existía entre ellos.

Le parecía que, en los últimos meses, no habían parado de discutir. En voz baja para que nadie más de la casa se enterara de que se peleaban. Acusaciones dichas con rabia y rechazadas con una furia fría y muda. Emociones derramadas que borraba la compostura. Por eso no dijo nada y coaccionó, y finalmente sobornó, a Nikhil para que fuera con ellos.

Cuando él no le responde, Meera le toca un codo.
–¿Qué? –le pregunta mientras se quita los cascos del iPod.
–Necesito moverme un poco. ¿Quieres comer algo? ¿Te preparo una bandeja? Unas tartaletas, un poco de quiche, calamares?
–¡Puaj! ¿No tienen pizza?
Meera niega con la cabeza.
–No, creo que no.
–Entonces no quiero nada. –Vuelve a ponerse los cascos y abre de nuevo el libro.

Meera arruga el ceño. O come las cosas menos recomendables o se muere de hambre. ¿Qué va a hacer con él? Hera también tuvo un hijo. Pitón. ¿Qué hizo con él?

Bebe otro trago. Plop.

El olor de la carne caliente impregna el aire. Mira a su alrededor. Hay pocos dioses y diosas y están todos aquí. Caras que reconoce de las páginas de sociedad de los periódicos. Gente que conoce. Y algunos desconocidos. Hasta un maharajá con su corte de guardaespaldas y ayudantes. El sol se refleja en las gemas de los anillos que lleva cuando alarga la mano para coger un anacardo salado detrás de otro de un bol que le sujeta uno de los componentes de su séquito. Tarde o temprano, todos se reunirán y representarán la apariencia superficial de las emociones. Ésta es la naturaleza de estas fiestas. Haces contactos con una copa en la mano y la sonrisa en la cara, estrechas manos, das besos al aire y los camareeros te siguen todo el rato: como madres con bandejas de canapés para tentar al niño díscolo y descarriado.

Por cierto, ¿dónde está su Zeus? No ha visto a Giri desde que llegaron. Meera piensa otra vez en Hera. Qué raro que las trayectorias de sus vidas hayan seguido prácticamente el mismo camino. Como Hera, también ella ha acogido a un pájaro perdido en su pecho. Éste ha comido y bebido lo que ha querido, ha descansado al abrigo de su calor y su cariño y ahora quiere quedarse con su casa. ¿Qué puede hacer? ¿Ser como Hera, que se dio cuenta de lo

que Zeus, bajo el disfraz de aquel pájaro, quería de ella? ¿O dejarse manipular como una madre cuervo ingenua que encuentra una cría de cuco en su nido? La cabeza le palpita de repente. ¡No puede estar ya achispada!

¿Dónde está Giri? Cree ver el destello de una camisa azul turquesa. Escucha su risa emergiendo de un grupo de hombres. Meera sonríe. El viento es de Hera. Pero sólo cuando Zeus sonríe puede hinchar las velas y acariciar las praderas. ¿O de qué le sirve el viento a Hera? Las esposas son iguales en todas partes. Cuando Giri sonríe, ella también sonríe. Una mujer enamorada. Meera Hera.

Inicia el movimiento hacia él, pero se detiene. Se toca el racimo de rubíes en forma de lágrima que adorna su oreja, se pasa los dedos por el pelo y no acaba de decidirse. ¿Debería acercarse a él o mezclarse con los demás?

A Giri no le gusta que se quede todo el tiempo a su lado. «Para eso nos daría lo mismo quedarnos en casa», le dijo una vez. «¿De qué sirve que salgamos si no te relacionas y conoces a algunas pernas nuevas? Circula, Meera, circula. Charla. Preséntate tú misma si no te presenta nadie. ¡Ofréceles una muestra del famoso encanto de Meera!»

Meera tampoco dijo nada en esta ocasión. No sabía si aquella última frase que le había soltado era un cumplido o una pulla.

Con Giri cada vez tiene menos claro a qué atenerse.

Meera se dirige a la barbacoa. Ha decidido prepararle un plato a Nikhil. Sabe con exactitud lo que no será capaz de rechazar.

—Hola, Meera —susurra una voz junto a su oído. Meera se gira bruscamente. Es Akram Khan. Un fotógrafo de moda que conoce bastante bien y le cae de maravilla. En una ocasión le ayudó a hacer el estilismo de una fotografía, hace mucho tiempo. Sonríe y besa el aire a tres centímetros de ambos lados de su cara. Y espera que él haga lo mismo. Dioses y diosas rara vez se desvían de sus rituales.

–¿Cómo estás? –le pregunta.
–¡Genial! ¿Y tú? ¿Qué tal va el libro?

Una mujer muy pequeña con hocico de musaraña se acerca a ellos.

–He oído que el libro es una lectura imprescindible para toda esposa de hombre de negocios de hoy –dice el roedor a guisa de saludo.

–Hola, Lata –saluda Meera pensando en realidad que ojalá pudiera cortarle la cabeza. La reina Lata. Hijaputa diminuta. A Meera se le eriza el vello. El roedor le hizo una reseña horriblemente condescendiente. Describió a Meera como la Madhur Jaffrey¹ de la sala de juntas. Y aquí está otra vez, con su tono paternalista.

Meera sonríe como hace cuando se siente desconcertada. Una sonrisa vaga y temblorosa que no revela más que una dulzura benigna. Y Akram, interpretando el velado insulto de Lata como un elogio, sonríe:

–Eso es una noticia fantástica, Meera.

«Por favor, no te vayas», ruega con el pensamiento cuando él da muestras de dirigirse a otro grupo.

«Qué le voy a decir, cuando lo que quiero hacer en realidad es partirla la cabeza y su hociquito de ratón con mi sartén de hierro fundido.» Bebe otro trago de su copa de vino. Plop.

La verdad es que da lo mismo. Los ratones siempre serán ratones. ¿Y una señora Ratona soltera? Ladina, furtiva y casi risible en su intento de hacer daño. La mujer sólo está haciendo su trabajo. Y a Meera, mujer de Giri, reina de su mundo, madre de dos hijos, autora de libros de cocina, consejera de mujeres de ejecutivos y amiga de los ricos y famosos, le parece que ella, que lo tiene todo, puede permitirse el perdón. Lo único que tiene

1. Madhur Jaffrey es una actriz india popular por haber dado a conocer las cocinas de india a través de libros y programas de televisión. (*N. del T.*)

el roedor es alguna reseña de libros de vez en cuando. Por eso Meera puede permitirse el lujo de ser generosa. Mira a la mujer con ojos brillantes:

–Quería llamarte y darte las gracias por tu reseña. Fue tan... – Meera busca la palabra adecuada– ... perspicaz en su enfoque del asunto. ¡No todo el mundo entiende lo que exige ser la mujer de un hombre de negocios!

–Hola, cariño –ronronea una voz en su oído. Meera se da la vuelta y una sonrisa le ilumina los ojos. Es Charlie Fernández. Él la agarra firmemente de los hombros y le planta dos besos con decisión en ambas mejillas. Meera no se molesta en ocultar el placer que experimenta.

–¿Y cómo está mi escritora de libros de cocina favorita? –pregunta Charlie en voz lo bastante alta para que lo escuchen todos a su alrededor–. Probé la receta esa de las gambas tailandesas. ¡Es sencillamente genial! ¿Quién fue el idiota que le puso alguna pega?

Meera percibe el destello de inseguridad en los ojos del roedor. Los pequeños ojillos del pequeño roedorcillo. Si tuviera bigotes, los estaría agitando. La reina Lat ya no tiene un aire tan real. Todo el mundo considera a Charlie el sumo sacerdote de la cultura. Tiene un gusto sin fallos. Y el curri de gambas a la tailandesa había salido muy mal parado en la crítica del roedor. Algo que tenía que ver con la leche de coco y lo cansado que resulta hacerla uno mismo, etcétera. Sobre todo para las mujeres que tienen que luchar en su casa con asistencia poco habilidosa.

¿Es que la mujer no ha oído hablar de la leche de coco en *tetra-brick*? Les cortas la punta con unas tijeras y la usas. También hay leche de coco en polvo que se disuelve en agua con una cuchara y, si no se dispone de una cuchara, la yema de un dedo también va bien. ¿No se las puede arreglar así incluso la más agobiada de las cocineras? Meera se puso furiosa cuando leyó la reseña. Ahora, al ver la incomodidad del roedor, hace todo lo que puede por ocultar

su regocijo. Una alegría que adopta la forma de una voz confiada mientras llama con un gesto del dedo a un camarero.

–¿Quiere darle esto al chico que está sentado allí? –dice poniendo en las manos del camarero un plato de barbacoa y señalando a Nikhil–. Ah, y llévele un vaso de Coca-cola.

–¿Más vino, señora? –Otro camarero aparece a su lado.

–No debería. Ésta es mi segunda copa y todavía ni siquiera es mediodía –duda Meera.

–Venga, ya eres una niña grande –la anima Charlie. Y luego–: Oh, mira lo que entra por la puerta –murmura.

Meera ve que entra una bailarina conocidísima figura de la sociedad.

–¡Vaya personaje! Hubo un tiempo en que asistía a tantas inauguraciones y cortaba tantas cintas de seda de entradas que Deepak la llamó Eduardo Manostijeras en una de sus columnas. Ya no le habla.

Meera suelta una risita.

De repente se da cuenta de que está pasando un rato maravilloso. Éstos son todos sus amigos. Y ésta es la vida que tanto deseó. Meera tiene la absoluta certeza de que no existe un lugar en el mundo donde le gustaría más estar.

La tarde va pasando. Meera pierde la cuenta de las copas que se ha bebido. Se sienta junto a la piscina y deja que el agua le lama los pies. Lleva una sola pulsera en un tobillo. Su hija tiene la otra. Su hija adulta que lleva una vida muy adulta en otra ciudad...

¿Qué diría si le dijera que tengo una hija de diecinueve años? Una chica alta con la piel de porcelana y ojos verdes grisáceos que estudia en el Instituto Indio de Tecnología. Observa al guapo aspirante a actor que se siente a su lado con los pies en el agua. Tiene los pantalones remangados lo suficiente para que ella pueda ver el vello que le cubre las piernas. *Mia macho. Mia maxima macho...*

Zeus, ¿me estás mirando? Meera echa un vistazo por encima de su hombro. ¿Lo ves? ¿Ves a este Adonis con una columna dórica por cuello y un pozo húmedo en la base. Donde comen las langostas también puedo comer yo, Giri, también puedo comer yo.

Meera sonríe melosamente al actor aunque esté diciendo las mayores tonterías; quiere, entre otras cosas, un suelo con dibujo de damero y escribir un libro sobre la infancia que pasó en una ciudad de provincias. ¿Por qué será, se pregunta Meera reprimiendo un bostezo, que todo el mundo quiere escribir un libro sobre su infancia en las urbanizaciones de las afueras? Largos paseos en bicicleta, trepar a los árboles del mango, partidos de críquet y ese tipo de cosas sanas... ¿Por qué no acerca de explorar los callejones de una ciudad, estrangulando gatos y hacer trizas las ventanas de los coches?

Pero de vez en cuando Meera ve que él echa una mirada furtiva a sus tobillos y siente los ojos de él sobre sus labios. Cuando se inclina y le toca la punta de la nariz, se pregunta si debería decir algo. Sabe muy bien de qué la acusará Giri cuando vuelvan a casa. «Lo único que quiere es follar contigo. Los tipos como ese sólo piensan en eso. Lo sé. ¡Yo sé cómo piensan los hombres!»

Meera aleja ese pensamiento de su cabeza, pone cara de «todo lo que estás diciendo es lo más interesante que he oído en mi vida» y se concentra en el actor.

–Eres tan... –empieza a decir el actor.

–¿Encantadora? ¿Sexi? –se ríe Meera.

–Iba a decir buena conversadora. Que siento una gran conexión contigo. Pero sí, ¡también eres encantadora y sexi! –susurra con voz profunda.

Seguramente alguien le ha dicho que su voz tiene un timbre muy sexi cuando la baja. ¡Menudo majadero! Tendría que callarme y no animarlo más. Estoy borracha, piensa Meera mientras recorre la piscina con la mirada buscando a Giri. ¿Dónde está? Quiere irse a casa y tumbarse.

* * *

En ese momento Nikhil se acerca a ella.

–Mamá, ¿no encuentro a papá!

–Estará por ahí.

–No. No está. He ido a los lavabos de caballeros. Y al aparcamiento también. Su coche tampoco está.

Meera se levanta apresurada. Deja el plato y la copa en las manos del actor y mira alrededor.

–Tendría que estar en algún sitio por aquí –repite volviendo a la zona de las sillas.

–¿Buscas a Giri? –pregunta Charlie desde el bar.

–Sí, ¿lo has visto, Charlie? –Intenta ocultar la preocupación en su voz. Ve que a la reina Lat le brillan los ojos. La especulación.

–Se estaba yendo cuando yo llegué. Y eso fue hace unas dos horas, Meera.

Entonces es cuando Meera siente que su perfecto día de septiembre y su cielo azul muestran un bajo vientre gris.

En su interior se forma un gemido. Pero lo reprime e improvisa:

–Qué tonta soy. El vuelo debe ser temprano...

Las palabras se disuelven en el aire. Meera nota las miradas cómplices en las caras que la rodean.

Mi Giri no es Zeus. No retoza con ninfas, ni siquiera con diosas. Es proclive a tener ataques de ira; es ambicioso. Pero, sobre todo, se puede confiar en él.

Meera escucha otra vez en su cabeza la voz censora: ¡Eso es exactamente lo que Hera debía pensar cada vez que Zeus desaparecía del horizonte!

En el horizonte está oscureciendo. Un tapiz ceniciento cubre el cielo azul de la tarde. No se nota ese calor opresivo que anuncia la llegada de las lluvias en junio. En su lugar, un trueno retumba desde el interior del gris denso. Por el rabillo del ojo JAK ve que la mujer tiritita y se aprieta las puntas de la estola con fuerza. Él frunce el ceño. Tampoco hace tanto frío en la pequeña caja de lata que es su coche. Echa un vistazo al reloj. Son las tres y media.

–Mmmmm... el monzón no tardará en llegar –dice rompiendo el silencio del coche.

La mujer y el chico siguen en silencio. Su silencio lo pone nervioso. Si el maldito coche tuviera radio, podría encenderla. Cualquier cosa para disipar este palio mortuorio. Sus caras descoloridas hacen juego con las hojas de los árboles junto a los que pasan, con un brillo pálido que parece haber adquirido el reflejo de los cielos grises.

Espera que hable uno de los dos. Al ver que ninguno lo hace, continúa él.

–Me encantan las lluvias. Creo que era lo que más echaba de menos cuando estaba fuera. Ese aroma puro y fértil de la tierra después de la primera lluvia. Es curioso cómo añoramos más esas pequeñas cosas que las verdaderamente importantes. ¿Les he contado que estuve viviendo en los Estados Unidos hasta que me trasladé a Bangalore...? Oh, ¿ustedes lo llaman Bengaluru?

Meera sacude la cabeza.

–Casi nadie lo llama así, salvo por las megafonías de los aeropuertos y las estaciones de tren. Y puede que los políticos. Para mí siempre será Bangalore.

–Como para mí Chennai será siempre Madrás.

Un chillido rasga el aire del coche. Él frena en seco.

«¡Es tú teléfono! ¡Es tú teléfono!», chilla una vocecita.

El chico saca el teléfono de uno de sus numerosos bolsillos y lo apaga.

–Lo siento –balbucea. Después sonrío incapaz de ocultar su gozo ante el susto que ha provocado el tono de su teléfono.

Jak intenta devolverle la sonrisa, pero la cabeza le palpita como un bombo. Niño idiota, piensa.

La mujer parece a punto de echarse a llorar.

–Nikhil –masculla–. ¿No te dije que cambiaras ese tono?

–Lo siento –se disculpa el chico–. Iba a hacerlo. Se me olvidó.

–No pasa nada –dice él–. Pero tengo que confesar que me ha dado un susto que casi me cag... –Se detiene de repente, consciente de lo que estaba a punto de decir y carraspea–. Me ha dejado de piedra.

Luego mira a la mujer y al chico.

Ha ido al *brunch* por capricho. Apenas conocía a nadie allí. Pero Sheela, que era una de las directoras de la empresa de relaciones públicas que organizaba el acto, era una amiga de siempre y había sido muy persuasiva. «Te necesito. Necesito que salgan algunas caras nuevas en las fotos. Empieza a ser de risa... Ya sea el lanzamiento de un vino o la presentación de un libro, va siempre la misma gente. La credibilidad está en entredicho y tú, Kitcha, puedes ser el hombre de la credibilidad. La cara nueva en el ambiente. Me encanta esa combinación del gris en las sienes y la barba sin afeitar de diseñador. Y todas esas pulseras, el diamante en la oreja y el puro. ¡El epítome de lo guay! ¡El profesor Jak, que ha venido de los Estados Unidos, etcétera! Y además,

¿cómo si no vas a conocer gente en la ciudad? Ven, aunque no sea más que una hora.

Él sacudió la cabeza divertido. ¡El epítome de lo guay, madre mía! Diría cualquier cosa para arrastrarlo a la presentación del vino. No se preocupó demasiado por su aspecto y se inclinó más por la ropa cómoda que por la elegancia. Era un hombre alto, un metro ochenta y ocho centímetros descalzo, y sus hombros anchos lo hacían parecer más fuerte de lo que en realidad estaba. De pie ante el espejo del baño se agarraba a menudo el rollo de carne que le rodeaba la cintura y soltaba un suspiro. Se decía a sí mismo que se estaba poniendo gordo mientras se miraba en el espejo adoptando uno y otro ángulo, muy consciente, de una manera distante, de que no iba a hacer nada por remediarlo.

No le importaba envejecer y no buscaba con especial interés formas de ocultar las consecuencias de la edad. No se teñía las canas ni se peinaba pensando en disimular la incipiente calva. No iba al gimnasio ni hacía dieta. A veces, si se sentía particularmente inquieto, salía a correr o se iba a nadar. Eso era todo. Por eso, cuando las mujeres lo encontraban atractivo, se preguntaba por qué. Por dentro seguía siendo el chaval desgarbado y torpe que había sido, incapaz de saber qué hacer con sus brazos. Con el tiempo había aprendido a aceptar las atenciones de las mujeres con comodidad. No las buscaba, pero tampoco las rechazaba cuando se cruzaban en su camino.

Sheela lo había conocido cuando era Kitcha. Y ella seguía llamándolo así en vez de Jak, como lo llamaba todo el mundo. A él se le movía algo por dentro al oírse llamar por su nombre de infancia. Debe notar lo necesitado que estoy de compañía, pensó. No, el mundo era variedad. Su vida había caído en la rutina y él no era muy dado a quedarse en el mismo sitio demasiado tiempo. Y sin embargo, allí estaba, quieto en Bangalore los últimos siete meses, y nadie podía saber cuándo se volvería a sacudir el polvo de los pies.

Sonrió otra vez ante la descripción de Sheela y se inclinó para encenderle el cigarrillo.

Y fue. Se tomó unas cuantas copas de vino. Se mantuvo al margen de los grupos y fuera de las discusiones, y se estaba preguntando si podría marcharse sin ofender a Sheela cuando ella le preguntó si le importaba llevar en su coche a la mujer y al chico: «Si no es molestia, por supuesto. Vive en la misma zona de la ciudad que tú. El marido ha tenido que marcharse de repente y se han quedado colgados».

Y allí estaban, en su coche. Al parecer, la mujer era escritora de libros de cocina. Una mujer atractiva pero callada. Se preguntó qué habría pasado para que el marido tuviera que irse tan inesperadamente. ¿Se habrían peleado? No había notado ninguna tensión. O tal vez hubiera ocurrido antes de que él llegara a la fiesta.

Observó al chico por el retrovisor: confusión y esperanza luchando en la cara de un niño que espera que las cosas se arreglen por sí solas. La presencia de un chico de trece años con la nariz pegada al cristal le hace creer que ha dado un salto atrás en el tiempo.

«Yo fui ese chico», piensa.

Kitcha, con sus flamantes trece años, sin las preocupaciones de los adultos, que creía que todos los mangos esperaban ser derribados de una pedrada, que todas las conchas eran caracolas con la canción del mar atrapada en su interior y que todas las páginas en blanco esperaban a convertirse en un dibujo hecho por sus manos.

Kitcha, que no podía desentrañar la mirada angustiada en los ojos de su padre y no entendía lo que podía asustar a un adulto. Kitcha tenía un profesor de Historia que le había cogido manía, pero ¿qué implacable examen temía *appa*?

Kitcha vio cómo su regia madre, seis centímetros más alta que *appa* y con los anchos hombros que le había legado a él, se arrugaba convertida en un ovillo lloroso el día que su padre les dio

a conocer su decisión de entrar en un *ashram*. De renunciar al mundo. A su mundo.

Su padre había dejado de acobardarse y todos sus tics habían desaparecido. *Appa* ya no era su *appa*, y lo único que decía era: «¡Ha llegado la hora!».

Su madre se incorporó apoyada en un codo.

–¿La hora de quién? ¿La tuya o la mía? ¿Te das cuenta a lo que me estás condenando? ¿Lo has pensado siquiera una sola vez? Dime, ¿qué es lo que he hecho mal? Dime, ¿cuál ha sido mi fallo?

Appa negó con la cabeza.

–No es lo que piensas. No es culpa tuya. Si alguien tiene la culpa, soy yo por ser tan cobarde. Debería habértelo dicho. Mis padres saben que nunca quise esta vida. Mujer, hijos, la turbulencia del *grihasta ashrama*²...

»Me dijeron que era mi deber darles un heredero. Para que continuara la línea familiar. «No olvides quiénes somos», me decían. ¿Quiénes somos?, me daban ganas de preguntar. «¿Somos los Hoysalas o los Cholas para que se hable así de herederos?» Pero no podía hacerles daño. Y así me vi obligado a posponer mi deseo.

»Llegaste tú. Y luego Kitcha. Su heredero. Pero descubrí que me tenías atrapado entre tus anillos.

Por un momento, a Kitcha le pareció ver odio en los ojos de su padre. ¿Cómo podía mirar a su madre de aquella manera? Luego escuchó que su padre decía:

–Me dije que esperaría hasta el *brahmoupadesham*³ de Kitcha. Creí que, una vez que se celebrara su *upanayana*, podría marcharme. ¡Qué tonto fui!

Kitcha hizo rodar su cordón, sagrado entre el pulgar y el índice. ¿Era aquel fino cordón, que ya empezaba a amarillear, testimonio

2. *Grihasta ashrama* es el periodo ritual del matrimonio. (N. del T.)

3. Ritual de iniciación por el que pasan los jóvenes de las tres castas superiores. También es conocido como el ritual del cordón sagrado. (N. del T.)

de su destino brahmán, la causa de todos los problemas? Si no hubiera celebrado su *upanayana*, ¿se habría tenido que quedar *appa* con ellos?

—Pero entonces no me podía ir. Quería verlo, estar con él, escuchar su charla y su risa. Todavía no podía cortar los lazos. Pero ahora ha llegado el momento. Esto se acabó. —*Appa* abrió los brazos en un gesto que lo abarcaba todo: Kitcha, que estaba sentado con un cuaderno de dibujo, una caja de tubos de acuarela Camlin y dos pinceles en un vaso de agua; su llorosa madre; el largo vestíbulo desnudo con un columpio; la *vina*⁴ apoyada en un rincón, el viejo reloj de la pared, y el sofá cama que abría Kitcha por las noches para dormir—. Nada de esto significa ya nada. Lo veo todo como *bandhanam*. Ataduras. Grilletes. ¡Me asfixian!

Appa se volvió hacia él. Había levantado una mano como si fuera a darle un abrazo, pero la dejó caer bruscamente. Kitcha pensó: «¿Yo también soy un *bandhanam*?» ¿Cómo era posible que *appa* se hubiera convertido en aquel frío desconocido?

Sarada Ammal, la madre de Kitcha, la esposa perfecta que observaba todas las fechas y rituales propicios, que trenzaba jazmines para la oración de la tarde y tocaba la *vina*, que en Janmasthmi trazaba un sendero de huellas por la casa y encendía ciento una lámparas en Karthika Vilakku, yacía a su lado y musitaba:

—Nunca en catorce años te he llevado la contraria. Tu deseo era el mío. Y ahora dices que soy una cadena que te ata. ¿Cómo puedes? ¿Qué puedo hacer yo ahora? ¿Qué voy a hacer ahora?

Cuando *appa* volvió a hablar, sólo se dirigió a Kitcha. Como si ya hubiera borrado la presencia de Sarada de su vida.

—Algún día, Kitcha, tú también lo entenderás. Un momento de verdad y todo lo demás dejará de tener significado. Entonces todo lo demás sólo te parecerán distracciones. Una molestia que se interpone entre tú y tu objetivo.

4. Instrumento musical indio. (*N. del T.*)

Kitcha se preguntó si su padre estaría poseído. Utilizaba palabras que no entendía. Lo que decía no tenía sentido. Y sin embargo, su voz tenía un tono de seguridad.

Y Kitcha se sintió dividido. La admiración por un padre, que ya parecía haberse convertido en un semidiós, y la angustia por su madre, a la que nunca había visto tan desolada y rota.

Entonces, Kitcha salió corriendo. Tiró a un lado las pinturas y los pinceles, arrugó el dibujo hasta que quedó hecho un sucio gurrño emborronado y corrió hacia la mugrienta Marina con sus barracas de feria en las que se exhibían la mujer de dos cabezas y el niño monstruo, sus paseos en caballo y en camello, los vendedores ambulantes y otros descarriados como él. Hacia el oleaje y el chapoteo de las olas contra la orilla.

Se quedó mirando al mar, contando las olas. Observó cómo el mar se llevaba los desechos y las palabras que escribía en la arena. Que te den, *appa*, escribió. Que te den. Gilipollas. Capullo. Hijo de puta. Cabrón. Escribió todas las palabras que había descubierto en las novelas de Harold Robbins que había sacado de la biblioteca pública. Poco a poco se fue calmando.

Se sumergió en el frío y arenoso residuo de las olas y encontró en su caricia una infinita sensación de esperanza. La ola. Venía. Iba. Venía. Iva. Venía. Iva. Nada alteraba su movimiento. Tal vez su mundo también volviera a enderezarse solo. Cuando regresara a casa su horizonte sería el mismo que había conocido siempre: *appa* con la radio de onda corta pegada a la oreja, como si pudiera hacer tuyas las palabras de la BBC y la VOA por ósmosis. ¿Y *amma*? Ella estaría limpiando las impurezas del arroz para la comida. Levantaría los ojos del plato y arrugaría el entrecejo. Antes incluso de que cruzara el umbral ya estaría gritándole y riñéndolo por haberse escapado de casa. *Appa* saldría en su defensa: «Deja al chico en paz, Sarada. No lo volverá a hacer, ¿verdad, Kitcha?».

* * *

Cuando llegó a casa esa noche, sucio, desaliñado por el viento, hambriento y cansado, nada había cambiado. Encontró una madre tumbada con el rostro pétreo y un padre ausente.

–¿Qué hago yo ahora? –preguntaba su madre a las silenciosas habitaciones de la casa–. Me dicen que tengo que sentirme afortunada por haberme casado con un hombre que ha abrazado la religión. Maldita, Kitcha, eso es lo que estoy. Ni esposa ni viuda. ¿Quién soy, Kitcha? Dime tú. Me dice que no es culpa mía... Eso es lo que no puedo soportar. Si me dejara por otra mujer, lo seduciría. Lograría que volviera con nosotros. ¡Pero esto! ¿Cómo lucho contra esto, Kitcha?

Kitcha no sabía qué decir. Se avergonzaba de aquella mujer necesitada que trazaba círculos con el dedo índice en el suelo de cemento tumbada sobre su costado. Él entendía parte de lo que decía, pero otra parte le resultaba un misterio, como la decisión de su padre de marcharse. Además, ¿cómo se consuela a una madre? «No lo sé», no lo sé, susurraba. «Estoy tan perdido como tú», pensaba.

Es Kitcha el que mira furtivamente a la cara de la mujer. Desearía decirles palabras de consuelo a ella y al chico. «Es posible que sólo se haya ido a dar una vuelta con el coche. Yo mismo lo he hecho. Varias veces. Y cuando me he sacado los demonios de dentro, vuelvo a casa. No creo que deba preocuparse. ¡En serio!»

Pero es Jak el que habla. El urbano y cortés Jak con su charla de salón:

–Sheela me ha dicho que es usted una cocinera fantástica. Y que es autora de libros de cocina. Tendría que pasarme un par de recetas. Algo que sea verdaderamente fácil de hacer –dice.

Tal vez sea mejor no involucrarse. Meera, recuerda él. Así se llama. De repente recuerda los *bhajans*⁵ de Meera que le dio por

5. Los *bhajans* son cantos religiosos indios. Meera era una de sus figuras más destacadas. (N. del T.)

cantar a su madre en aquellos primeros años de barbecho después de que se fuera *appa*. Su madre encontró en Meera a un alma gemela. Otra mujer que languidecía por un loco amor no correspondido. Otra mujer casada con una imagen.

Jak se estremece. No quiere regodearse en el pasado. De hecho, no quiere regodearse en nada.

Además, quiere olvidarse ya del chillido. Lo ha perturbado más de lo que creía. Y cuando aparca delante de la casa lila, todavía escucha su eco en la cabeza y le recuerda los gritos que a veces lanza Smriti.

¿Qué hado los sobrevolaba mientras daba este nombre a su hija? Porque eso es todo lo que le queda ahora. Lo que recuerda...

Sus dedos se aferran al volante como si quisiera hacerle daño y vuelve a sentir la opresión en el pecho.